

“Señales de una poesía mestiza en el Paralelo 40° Sur”

Delia Domínguez Mohr, la poetisa osornina homenajeada en el Centro Cultural, dio lectura al discurso, que con denominación “Señales de una poesía mestiza en el Paralelo 40° Sur”, pronunció al momento de ser incorporada como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua.

Dio gracias “por la llamada al sur, por ver las señales de una poesía bisneta de colonos, escrita al comienzo por las machetas que abrían el bosque en dos mitades, para que las mujeres calentaran su matriz y pudieran parir en la blandura de los pastos”.



Delia Domínguez: “Yo católica, mestiza, minimalista y campesina”.

“Gracias -añadió- por mirar hacia mi Finis Terrae, por descubrir la niebla de los lagos, por encontrarme entre los alfabetos de la lluvia y pasarme por el civil para cambiar mi estado de hija natural al de hija reconocida en las fojas archivadas de la literatura”.

SUS ANTECESORES

Se refirió a sus antecesoras en el sillón N° 4 de la Academia de la Lengua, que ocuparan en 1885 Diego Barros Arana; en 1909 Manuel Salas Lavagui; en 1925, Ricardo Mon-

taner Bello; y finalmente Diego Barros Ortiz, a quien le sucedió en el cargo.

“Mis parlamentos ocasionales con Diego Barros fueron, con toda intención, ajenos a la literatura. El primer encuentro personal de un contexto alucinante para cualquier cristiano en esta vida, fue en una lejana cancha de aviación, casi clandestina, cuando yo apenas iba en “ojo” del Silabario Matte. Por eso ahora, el ser elegida para sucederlo en esta Ilustre Academia es un hecho que, aparentemente nada tiene, o tendrá que

ver con un avión desvanecido en la niebla y con una niña antigua semiborrada por la misma niebla”.

Como una antosemblanza, Delia Domínguez relató el cuento “erese una vez, una niña repolluda, que vivía en el campo con sus abuelos colonos. Tenía la cara gorda y la peinaban en un esfuerzo de bonitura, con crespos a lo Shirley Temple. Nacida de mezclas chilenas por el padre y alemanas de Hamburgo por la madre, le bailaban, revueltas en la imaginación las sagas nórdicas con las leyendas caseras del mito

huilliche”.

En estos recuerdos llegó al cuadro de los tiempos presentes, “del comedor, donde no estoy pintada, donde vivo. Estoy con los retratos de los viejos colonos, con Gustav Mahler, y un chal tirado sobre mis botas húmedas; oigo las liebres que suben desde el plantío hasta este cuadro de comedor donde no estoy pintada, donde vivo”. Y en esta pincelada no po-

dría estar ausente una pequeña historia literaria, de los poetas predestinados al Paralelo 40°, “donde veo a Floridor Pérez en el cabezal de los volcanes, donde veo a Clemente Riedeman, a Gabriel Venegas, a Rosabetti Muñoz con sus hijos para llenar este pueblo abandonado, a Sergio Mansilla cursando su postgrado en Washington”.

“Donde veo -agregó- a

Frujillo en su balancín, a Sonia Caicheo, a José Teiguel en sus heredades de pasto y agua, a Tatter, Contreras y Oyarzún, escampando. Donde veo, en el cuarto creciente, a los bisnetos de los grandes caciques: Sebastián Queipul, Leonel Lienlaf, Elicura Chihuailaf, y Jaime Luis Huenún, con su habla iluminada de rescoldos huilliches”.